

ala delta

Carlos MURCIANO

LUN



¿Qué hacer para que un niño coma? Puede ser una buena idea contarle el cuento de Lun, el travieso hijo de la Luna que, a veces, baja a la Tierra y visita a los niños mientras duermen. Carlos Murciano es poeta de vocación y oficio, galardonado con el Premio Nacional de Poesía, a la vez que excelente narrador de historias que le hicieron merecer el Premio Nacional de Literatura Infantil.

LUN

Carlos Murciano

Ama Luisa dejó el tenedor en el plato y miró a Mabel.

—De manera que no quieres comerte la tortilla, ¿eh?

Mabel fruncía la boca y la nariz, y la miraba desafiante. Ama Luisa, paciente, permaneció callada. Mabel dijo entonces:

—Quiero que vengan papá y mamá.



—Papá y mamá vendrán mañana. ¿Y crees que se pondrán muy contentos cuando yo les diga que no has querido comer?

—¿Dónde están?

—Papá ha tenido que asistir a un Congreso y mamá le ha acompañado.

—¿Qué es un congreso?

—Una reunión de médicos, para hablar de sus cosas.
Ama Luisa pinchó con el tenedor un trozo de tortilla y lo acercó a la boca de Mabel.



—No —dijo la niña.
—Está bien. Tú ganas. Pero pierdes.
—¿El qué?

—Te irás a la cama sin cenar. Pero no podrás ver a Lun.
No vendrá.

—¿Lun? ¿Quién es Lun?

—El hijo de la Luna.

—¿Y por qué va a venir?

—Lun viene siempre cuando hay Luna llena. Mira.



Ama Luisa descorrió la cortina y Mabel pudo contemplar allá, en el cielo terso y azul, una redonda, blanca, enorme Luna.

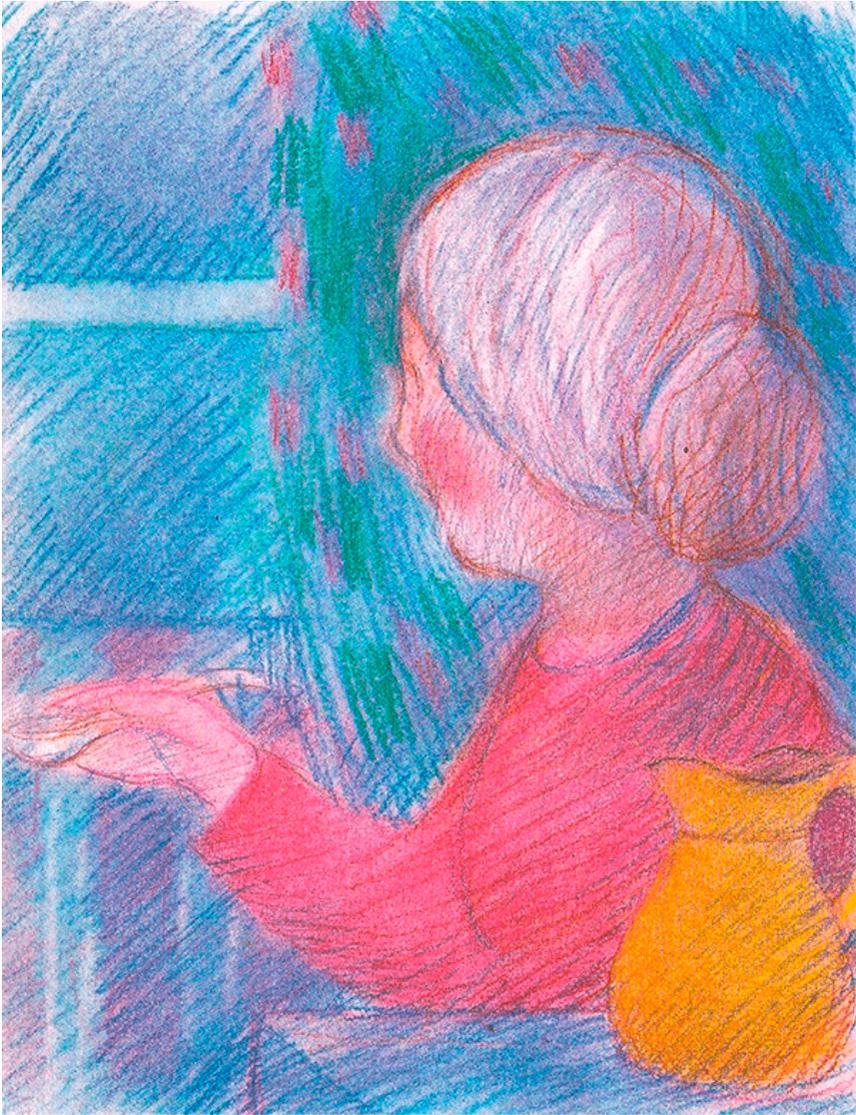
—¿Iba a venir a verme?

—Sí.

—¿Por qué lo sabes?

—Ama Luisa sabe muchas cosas.

Mabel se quedó pensativa. Ama Luisa pinchó de nuevo un trozo de tortilla y lo acercó a la niña. Mabel abrió la boca y comenzó a masticar.



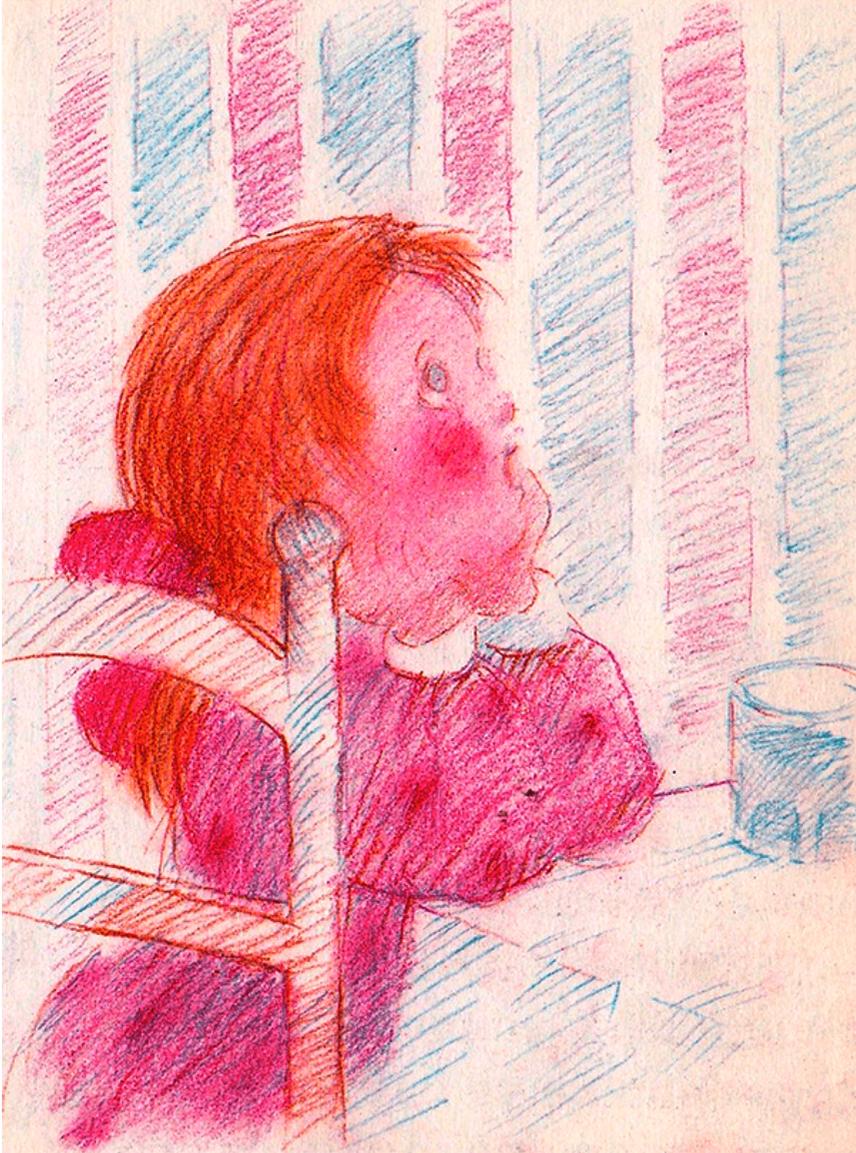
—Cuéntamelo, Ama —dijo.

—¿Qué quieres que te cuente? —replicó Ama Luisa, fingiendo indiferencia.

—Eso. Lo de Lun.

—Mmmmm... No sé... No sé si voy a acordarme —dijo Ama Luisa—. Y a lo mejor no te interesa.

—Sí, Ama —dijo Mabel, mientras abría la boca y masticaba con entusiasmo el trozo de tortilla que el Ama había vuelto a acercarle...





—Pues verás... Ocurrió que una noche, cuando Mamá Luna estaba empolvándose...

—¿La Luna se empolva?

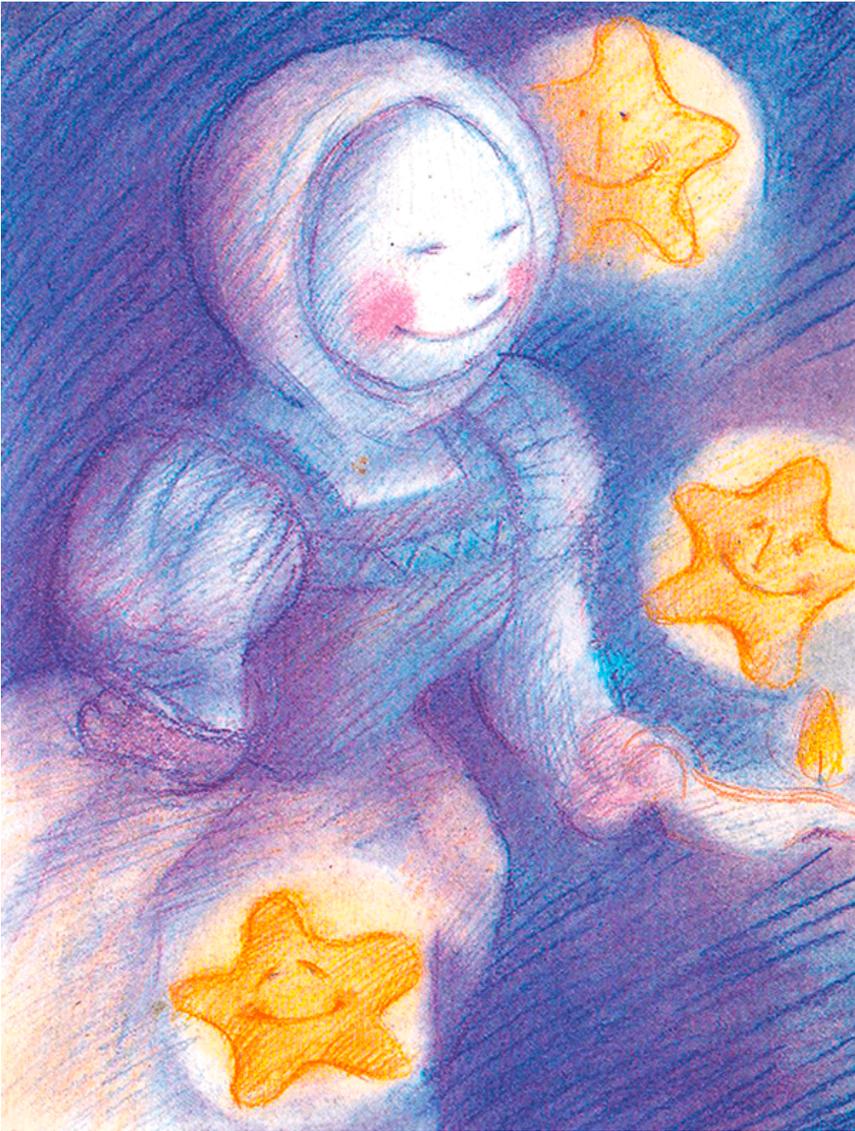
—¡Claro! Mamá Luna tiene en su tocador una polvera grande, llena de polvos de nácar, y una borla plumosa y suave, con la que se empolva diariamente. Lo que sucede es que Mamá Luna es una señora muy malhumorada...



—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar, porque Lun es muy travieso y siempre anda tramando diabluras; en segundo lugar, porque las estrellas son muy caprichosas, y unas veces se encienden y otras no, y Mamá Luna tiene que estar pendiente de ellas para que no dejen el cielo oscuro y vacío; y, en tercer lugar, porque las nubes le dan muchos disgustos, ya

que, cuando ella lo tiene todo preparado para asomar la cabeza...



—¿Para asomar la cabeza?

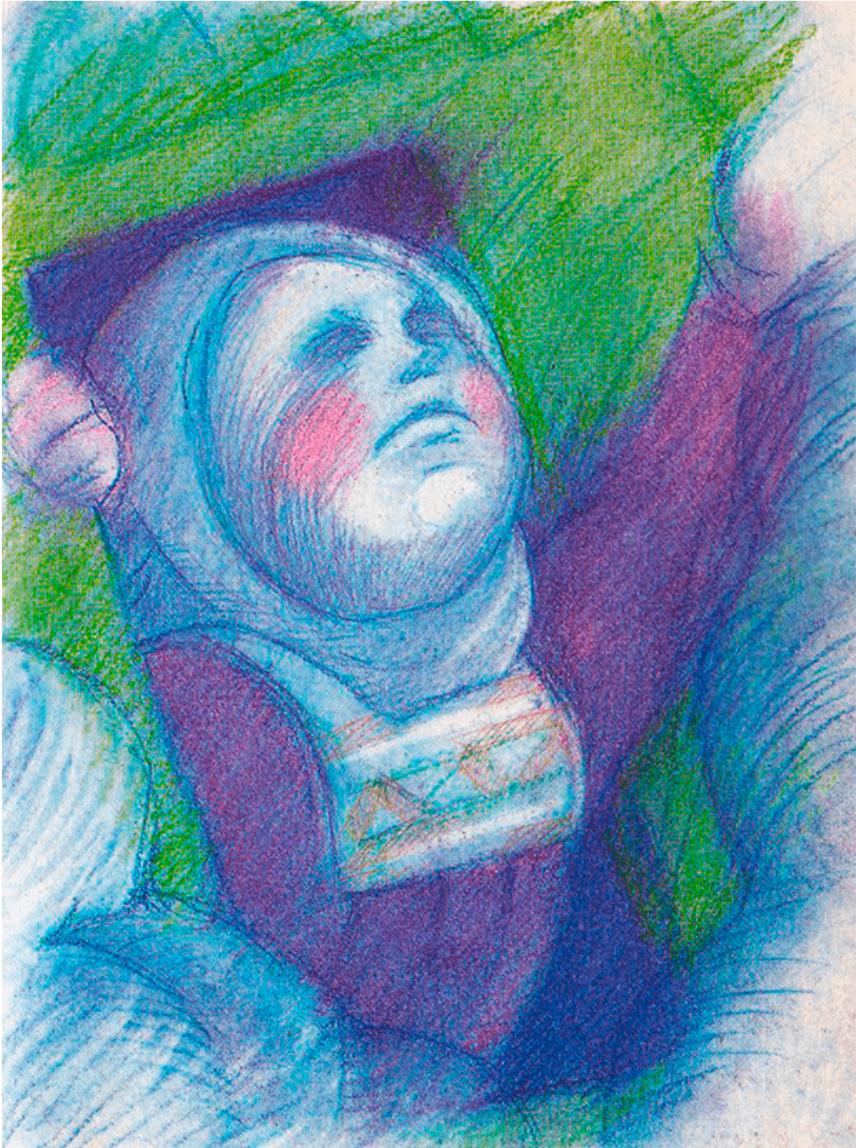
—Naturalmente. Lo que tú ves ahí es sólo su cabeza. Pero Mamá Luna tiene brazos y piernas y una preciosa blusa de encajes y una falda ancha, bordada en plata, y un

chal de lentejuelas por los hombros. Pero te decía que, cuando ella lo tiene todo preparado para asomar la cabeza...

—¿Por dónde la asoma?

—Por la única ventana de su palacio: la Ventana Celeste.

—Entonces, ¿la Luna tiene un palacio?



—Un hermoso palacio de alabastro, todo lleno de gruesas alfombras y de blandos cojines de seda y de tapices con pavorrales y unicornios; y un trono de espuma, en el que le gusta reclinarse y descansar de sus noches en vela. Pero te decía que, cuando ella lo tiene todo preparado para asomar la cabeza, y las estrellas están dispuestas, van las